

Cataluña rural

Texto: Joan Colom • **Fotos:** Tino Soriano

Para millones de ciudadanos del Estado español Cataluña es un alegato de modernidad, los primeros kilómetros de ese desafío mundial a la tradición, llamado Europa. Se trata de una imagen con suficientes escenarios histórico-económicos en los que enmarcarse. Pero como sea, y por sorprendente que parezca, todavía hoy existe una Cataluña del arado y de las masías.

Barcelona y Cataluña se confunden como dos barrios de una misma ciudad. Existe una Cataluña reinaugurada un par de veces por siglo, o lo que es lo mismo una Barcelona fastuosa donde se dieron cita las grandes exposiciones, los artistas y los escritores internacionales, un lugar por donde diariamente discurre una masa atontada de turistas que se sorprenden al tropezar con un pedazo del último Londres o un soplo de quién sabe que ciudad de metacrílate y acero sita al otro lado del atlántico. Esa Cataluña, esa Barcelona moderna, existe al menos desde que el escritor francés Jules Romains exclamara ya hace muchas décadas aquello de: “Multipliquen Barcelona por diez y tendrán Nueva York”.

Los del país, no obstante, saben que esa extraña confusión entre la parte y el todo, entre el territorio y la casi indiscutida capital, es sólo un señuelo para forasteros. A los pies de las Alberas no todo son torres forradas de vidrio, barrios con edificios inteligentes, grandes fábricas con los últimos adelantos a mayor gloria de la productividad, fachadas con regusto parisino, soberbios puentes o tugurios de diseño con paredes color naranja y mostradores montados sobre una pecera llena de plantas tropicales. Detrás de todo esto, existe también la Cataluña “pequeña” de Josep Pla, la de las comarcas y la de los sábados de mercado. Ese país “severo, fragoroso y áspero” que dejó escrito mil veces el ampurdanés.

Un mundo en lenta recesión

La Cataluña rural languidece. Los datos hablan por sí mismos. Cataluña experimenta un descenso continuo de la población agraria. En unos años según datos del Departamento de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Generalitat de Cataluña, se han perdido más de 12 mil puestos de trabajo en el sector agrario en el se incluyen las actividades agrícolas y ganaderas, las forestales y las de caza y pesca, más los servicios directos a la producción agraria.

Son las comarcas del Pirineo catalán, desde la Garrotxa a la Vall d'Aran, y las comarcas meridionales, desde la Conca de Barberá hasta la Terra Alta, las que más sufren la merma de ocupados en el sector. Pérdidas que, como en el caso de la Vall d'Aran, casi han convertido la agricultura y la ganadería en un recuerdo de postal. Y es que como en Lombardia, Rhone-Alpes o Baden-Württemberg en Cataluña la agricultura pierde poco a poco su peso en el conjunto de la actividad económica teniendo que trasladar negocio y vida en muchas ocasiones.

Es el caso de Anna Sancho y su familia¹. Su padre tenía tierras y granjas de pollos, explotaciones que heredó la hija con ánimo de continuar hasta que una epidemia acabó con su paciencia. “Antes, había unas treinta granjas de poyos en Sant Carles de la Ràpita (Montsià), pero hoy sólo quedan dos o tres”, explica Anna Sancho de 40 años. “La vida de payés era demasiado dura así que he abierto una tienda de ropa en la ciudad. Preservamos las tierras, pero las granjas están vacías. Mi hermano es médico y mi marido, ingeniero. Ya queda muy poca gente de mi edad que se dedique a la agricultura”.

La población que se ocupa en el sector agrario responde al perfil del empresario autónomo que ejemplifica a la perfección la figura del payés solitario. Pero últimamente se está dando un aumento de asalariados, un fenómeno que evidencia el desplazamiento de la agricultura de tipo familiar en el sentido más tradicional. Es en las

¹ Foto de las niñas, Cristina y Laura, jugando en la granja de pollos.

comarcas litorales, donde la aparición de la horticultura intensiva, ha conllevado un aumento de asalariado y cada vez es más frecuente ver jornaleros procedentes del Magreb, el África subsahariana o de los países del este. “En el Monstià, los únicos payeses que pueden aguantar son los que se dedican al arroz”, cuenta Anna Sancho, “aunque viven pendientes de las subvenciones. No me gustaría que mis hijas se dedicaran al campo porque no tiene futuro”, lamenta.

De la mano de estos nuevos payeses los campos dejan de ser pequeñas parcelas para transformarse en grandes plantaciones que casi siempre tienen como objetivo abastecer los grandes centros residenciales. Y aunque predomine la imagen de un sector comandado por gentes mayores lo cierto es que éste tiende rejuvenecerse en términos laborales, sobretudo en lo que se denomina “servicios a la agricultura” donde cerca de la mitad de los ocupados tienen menos de 35 años.

Fuera de este nuevo indicativo, la Cataluña rural continúa siendo un mundo de hombres y solteros. La mujer apenas ha entrado en el campo. Por otra parte es interesante constatar que a partir de los 40 años un 15% de las personas dedicadas al sector son solteras. Sociólogos y economistas ven en estos datos un síntoma de la decadencia del sector. El aislamiento físico de los pueblos de montaña y del interior, y la poca consideración social del oficio de payés han alejado a las mujeres del campo y han motivado que desde los años 60 muchos payeses tuvieran verdaderos problemas para encontrar pareja.

María Vidal² es una de estas mujeres de pueblo que mira con melancolía al pasado. Toda su vida entre animales y campos ahora comprueba como los jóvenes ven su futuro lejos del pueblo. “Antes aquí vivíamos estupendamente. Todo el mundo tenía ganado o cosecha con lo que se hacía todo, prácticamente no se gastaba. Pero ahora todo ha cambiado y los niños se irán a medida que se hagan mayores”, suspira.

² Personaje que corresponde a la fotografía firmada como María, el Cordonet (matanza del cerdo)

El concepto a revisión

Hasta hace muy poco, la agricultura y la ganadería eran la actividad por excelencia de las tradicionales masías y de los pueblecitos que se distribuían por casi todo el territorio catalán. Hoy estos pueblos pierden continuamente población debido al éxodo rural. El interior de Cataluña languidece y el payés, cada vez más, se parece a una extraña y codiciada pieza de esos museos etnológicos que proliferan y a donde los niños de las grandes ciudades van a admirar atónitos una colección inerte de aperos de labranza y utensilios domésticos procedentes de las ancestrales masías. De vez en cuando, en alguna callejuela de algún pequeño pueblo de la Garrotxa o del Ampurdán, todavía nos puede sorprender la imagen fugaz de un viejo campesino cubierto con una barretina.

“Si mis hijos se quedan en el campo no tendrán ni para comprarse unos zapatos”, asegura Arseni Vila³, payés de pequeña explotación que vive en una masía a la que se accede por un angosto camino de montaña en la Garrotxa. “Hasta hace 6 años no tenía ni teléfono, pero nunca me ha faltado de nada. La vida del campo ha cambiado mucho. Antes se vivía de lo producíamos y ahora se trabaja fuera. Hay más máquinas, pero menos trabajo. Cosas de la competencia”, supone.

Los únicos días que la Cataluña de interior se lava la cara son los domingos o en verano. Cada día es más usual ver como las masías se remozan y dependencias más amplias se llenan de mesas rústicas coronadas por tapetes de hilo y por vajillas de porcelana. Así, las masías abandonan las razones que les alumbraron para acoger cientos de turistas procedentes de las ciudades ansiosos de degustar la cocina tradicional del país, a la manera justamente de los payeses. Es el nuevo boom del turismo rural que parece haberse convertido en la única fórmula de evitar la despoblación interior.

³ Correspondiente a la foto cuyo pie reza Antoni Vila

Así lo entendieron la familia Montrey. Hartos de la vida en la ciudad se mudaron al campo y restauraron una antigua masía para ofrecer sus dependencias a los turistas necesitados de una vida tranquila y natural. Mientras su hija Awiwa⁴ ensaya violín en medio del campo, sus padres atienden a los estresados urbanitas.

Es la otra cara de la moneda. La “vida” de payés sin los payeses se ha puesto de moda. Algunos, conscientes del olvido al que se les ha sometido, han preferido camuflarse entre los que les visitan masivamente entre las primeras horas del sábado y las últimas del domingo. Se camuflan de *maîtres* o de tenderos de alimentación fina, de guías turísticos municipales o de astutos negociantes de solares. Los menos resisten, se aferran a sus hábitos, ignoran la ingenua admiración del hombre de la ciudad hacía su extraña situación de residuo y continúan viviendo como siempre agotando hasta el último aliento.

A propósito de este asunto, ya hace algunas décadas que el lúcido Joan Fuster escribía: “En general, podríamos asegurar que el labrador experimenta por sus terrones, por el ‘trozo’ que cultiva, un amor entrañable y paciente, una obcecada adhesión física, que hasta hace cuatro días le ha impedido “desarraigarse” con demasiada facilidad. El éxodo rural del que hablan los sociólogos y los economistas, ha sido más lento y doloroso del que se podía preveer. El payés no quiere separarse de su campo. Pero tampoco ha considerado nunca que su forma de vida sea encantadora. Mientras consiga evitarlo, no desertara de la tierra; no proclamará, por otra parte, que su oficio y las inherencias correspondientes sean materia de ningún ‘*Beatus ille*’. La ciudad -la civilización- no le es desconocida: la ciudad con sus alicientes de confort y de molicie”.

Aunque después de todo, ¿cuántos payeses quedan aún que puedan evitar lo que parece inevitable?

⁴ Correspondiente a la foto “Aiwawa Montrey”